

2018, anno CXX n. 3

# La Bibliofilia

Rivista di storia del libro  
e di bibliografia

diretta da  
Edoardo Barbieri



Leo S. Olschki editore  
Firenze

neamente più paia di forme, si comprenderà appieno come sia difficilissimo pervenire a una datazione sicura, anche se ci si limita solo alla carta prodotta in un'unica e ben delimitata zona geografica. Ai fini della datazione di un manoscritto, uno stampato, un'incisione o un disegno su carta, bisogna poi tenere anche conto del lasso di tempo che intercorre fra la fabbricazione materiale di quel foglio di carta e la sua utilizzazione come supporto. Su questo tema i grandi studiosi che hanno posto le basi della filigranologia danno indicazioni che inevitabilmente risultano deludenti per chi, ingenuamente, si aspetta una possibilità di datazione estremamente precisa e puntuale: Lihačev indica come credibile un intervallo temporale massimo di dieci anni fra produzione materiale e utilizzo effettivo di un foglio di carta; Briquet pensa a un intervallo maggiore, a un arco temporale di più o meno quindici anni; Mošin propende per un intervallo di più o meno cinque anni per i «segni identici», cioè per le filigrane provenienti dalla medesima forma, per arrivare fino a un arco temporale di più o meno venticinque anni per le «varietà divergenti», cioè per i marchi provenienti dal medesimo mulino ma che presentano delle divergenze e delle evoluzioni dal marchio di base; Heawood, partendo dall'analisi di carte inglesi con filigrana esplicitamente datata, calcola un intervallo medio tra produzione e uso della carta di circa tre anni.

L'innovativo e rigoroso lavoro di Nicolangelo Scianna va nella direzione giusta per pervenire a una conoscenza più avvertita di quello che per secoli è stato il supporto principale delle nostre comunicazioni scritte.

PIERANGELO BELLETTINI – [bellettini.pierangelo@gmail.com](mailto:bellettini.pierangelo@gmail.com)

*Scriver veloce. Sistemi tachigrafici dall'antichità a Twitter. Atti del convegno, Rovereto 22-24 maggio 2014*, a cura di Alessandro Tedesco, Firenze, Olschki, 2016 (Biblioteca di Bibliografia. Documents and Studies in Book and Library History, 203), pp. xxvi e 216 con 4 pp. di tav. f.t., ill, b/n e col., ISBN 978-88-222-6461-9, s.i.p.

Esbozar una serie de ideas como guía para una disertación académica o para un sermón, tomar apuntes mientras se escucha una lección o se asiste a una representación teatral, inscribir un texto en una piedra o transmitir una información reservada, son algunas de las situaciones de escritura que a lo largo del tiempo han precisado del *scriver veloce* como el procedimiento más práctico para acometer la urgencia comunicativa. Unas veces por la necesidad de reducir los mensajes y otras por la conveniencia de proteger su contenido, pero casi siempre por la economía del gesto y del tiempo que gobierna muchas prácticas sociales de la comunicación escrita.

Reconstruir algunos de esos sistemas de abreviación en lo que tienen de actos de escritura y de registro lingüístico, sujetos a las variaciones diacrónicas y sincrónicas de cada lengua, a las finalidades comunicativas y a los contextos socioculturales en los que se inserta cada mensaje, es el propósito que afronta esta obra cuyo origen está en un congreso celebrado en Rovereto en mayo de 2014. En la *premesse*, Alessandro Tedesco traza las coordenadas del volumen partiendo de una apelación inicial – muy pertinente – al desaparecido Armando Petrucci, por la ampliación que este hizo de la paleografía encaminándola hacia la historia social de la cultura escrita. El estudio de las abreviaturas en su relación con la práctica del escribir, considerando las funciones y significados que asumen en cada momento, encaja en ese quién y por qué tan característicos del método de investigación de Petrucci. Con todo, el enfoque de este volumen tiene otros matices, como corresponde a la diversa competencia científica de los autores. Junto a paleógrafos, epigrafistas e historiadores del libro o de la caligrafía, no faltan lingüísticas, expertos en la lingüística computacional y estudiosos de la comunicación.

Al amparo de esta pluralidad disciplinar, la obra recorre la historia de la escritura abreviada en el mundo occidental a través de una serie de acercamientos que van desde la epigrafía clásica hasta los grafitis y los algoritmos de la escritura electrónica. A la introducción, sigue un artículo de Attilio Bartoli Langeli (*Scrivere (e leggere?) la lingua materna*, pp. 1-6), donde el paleógrafo y diplomata italiano reflexiona sobre las consecuencias que tuvo la introducción del vulgar en el registro escrito a partir del siglo XII, sus relaciones con la lengua hablada y las dificultades que planteó a los semialfabetizados. Una reflexión pertinente toda vez que las abreviaciones deben estudiarse en su doble dimensión escrita y lingüística.

Uno de los ámbitos donde la escritura rápida se hizo más necesaria desde el comienzo corresponde a la actividad epigráfica. Las inscripciones clásicas, en particular las romanas, fueron un auténtico laboratorio de experimentación según se advierte en el trabajo de Paolo Poccetti (*Abbreviare la pietra. Prassi e percorsi nell'epigrafia antica tra lingua e scrittura*, pp. 7-39), quien dedica una parte sustancial del mismo a Cicerón y a algunos de sus colaboradores. Entre estos destacó Marco Tulio Tiron, exesclavo y secretario del político, al que debemos las *notae tironianae*, un sistema de taquigrafía con amplia proyección en la Roma imperial y también en la Edad Media.

Nicoletta Giovè Marchioli (*Ritorno al passato. Ancora sulle origini delle abbreviature latine*, pp. 41-62) estudia la simbiosis entre abreviaturas de origen romano y otras de nuevo cuño en una cuarentena de documentos del siglo V, donde constata una significativa reducción de las tipologías abreviativas y la aparición de otras, empleadas de manera puntual por su complejidad. Del periodo medieval se ocupan también Marco Petoletti (*Verbum abbreviatum. Il Medioevo, le abbreviazioni*, pp. 63-72) y Riccardo Saccenti (*Le reportationes e la nascita dell'insegnamento teologico (XII-XIII secolo)*, pp. 73-93). El primero analiza los tratados y listados de abreviaciones desde el siglo XI en adelante, con punto de partida en el manuscrito Bonn, Universitätsbibliothek S 218, un manual escolar escrito probablemente en Treveris. Se centra en el ámbito universitario y de forma más concreta en las abreviaturas utilizadas en textos teológicos y jurídicos, analizadas desde la posición del copista pero también del lector. Por su parte, Saccenti completa este acercamiento con un trabajo referido al *modus operandi* de los maestros parisinos del siglo XII a través de los apuntes preparatorios de las clases, en cuanto testimonio de «l'esigenza del gruppo degli allievi di poter contare su una attestazione per quanto possibile fedele e chiara dell'insegnamento ricevuto dal maestro» (p. 92).

La llegada de la imprenta introdujo un reto que Edoardo Barbieri repasa analizando un amplio número de incunables y *cinquecentine* de las primeras décadas (*La contractio del piombo. Note su abbreviazioni e tipografia nel Rinascimento italiano*, pp. 95-130). Distingue entre abreviaciones lingüísticas, de carácter general, y disciplinares, específicas de ciertas materias y actividades. De otro lado, está el hecho de que la hoja impresa trasladó algunas de esas decisiones al taller de imprenta, donde los componedores se vieron impelidos a tomar decisiones concretas para ajustar el texto a la forma tipográfica, conforme ha estudiado con exhaustividad la filología de textos impresos (Susanna Villari, *Che cos'è la filologia dei testi a stampa*, Roma, Carocci, 2014). Por su lado, Francesco Ascoli (*Le abbreviazioni nei manuali di calligrafia fra il XVI e XVIII secolo*, pp. 131-143) se centra en la rica producción de manuales de escritura de la Edad Moderna a fin de sopesar los cambios habidos en los sistemas abreviativos, en su uso y en su significado social y político, destacando la pérdida de riqueza respecto de la época manuscrita.

Además de esto, los siglos modernos asistieron al desarrollo de la estenografía o taquigrafía como técnica de escritura orientada a transcribir el discurso hablado, utilizada en distintos ámbitos. A propósito de ella, Francesca Chiusaroli (*Scritture brevi e velocità: i sistemi tachigrafici moderni e la stenografia*, pp. 159-180) nos acerca a la búsqueda de una lengua perfecta, capaz de sincronizar el lenguaje hablado y escrito, que se produjo en el Seiscientos por parte de Bacon, Descartes y los gramáticos de Port-Royal, Antoine Arnauld y Claude Lancelot. Estos, como el moravo Jan Amos Comenio en su

obra *Janua linguarum reserata* (1631), experimentaron una relación racional entre lenguas y conceptos que desembocó en los sistemas estenográficos de base fonética del siglo XVIII. Incluso después, como se advierte en el primer tercio del Ochocientos con la publicación del tratado del alemán Franz Xaver Gabelsberger (*Anleitung zur deutschen Redezekchenkunst oder Stenographie*, 1834), estudiado por Paolo A. Paganini (*Il sistema Ragelsberger-Noë. Alla ricerca del neurone perduto*, pp. 189-200), al tiempo que se ocupa de Enrico Noë, quien no solo trasladó al italiano el sistema estenográfico del alemán, sino que construyó una obra de «altissimo ingegno e di fine genialità» (p. 194). El suceso de la estenografía en Italia se completa con las contribuciones de Anna Maria Trombetti sobre Francesco Giuletti (*La Stenografia nella scuola italiana e il contributo della Fondazione Giuletti*, pp. 181-188) y Marco Callegari acerca del polígrafo paduano Giuseppe Aliprando (*Giuseppe Aliprando e la «raccolta Aliprandi» presso la Biblioteca civica di Padova*, pp. 201-212).

Como señalaba al principio, la escritura veloz no atañe únicamente a los sistemas de abreviación, sino también a las técnicas utilizadas para preservar la confidencialidad de determinadas informaciones y para difundir otras de forma rápida. La primera vía tiene su espacio en la escritura cifrada, que cuenta con un par de artículos. De un lado, Fabio Forner (*Scritture segrete e crittografie nei manuali per scrivere lettere del Settecento italiano*, pp. 145-157) señala que los buenos usos epistolares del siglo XVIII, basados en la claridad del discurso, eran incompatibles con la abreviación y el secreto por considerarse una falta de respeto hacia el destinatario de la carta, salvo que la trascendencia política, diplomática o económica de los asuntos tratados requiriera de esos procedimientos. De otro, Andrea Caranti y Chiara Giberti (*Tra brevitatis e secretum, note sui linguaggi cifrati*, pp. 213-223) reflexionan sobre las características propias de la escritura cifrada repasando distintos métodos desde el monoalfabético usado por Julio César en el siglo I a. C. hasta el RSA, implementado en 1977 por Rivest, Shamir y Adleman, basado en un complejo problema matemático.

La segunda modalidad se vincula claramente con algunas formas de escritura acareadas por la revolución informática, como es el caso del controvertido *twitter*, convertido en una suerte de plaza pública donde las informaciones veraces conviven con bulos y mentiras de toda condición. Sin entrar en el pantanoso terreno de las *fake news*, Patrizia Bertini Malgarini y Ugo Vignuzzi exploran este territorio de la escritura electrónica, originalmente reducida a 140 caracteres y ahora al doble, a través del *twitter* papal (*Abbreviare nel mondo digitale: il caso di @Pontifex*, pp. 225-238). Aplicando la técnica de las nubes de palabras (*wordclouds*), los autores se preguntan por las jerarquías lingüísticas detectadas en los mensajes pontificios y llegan a la conclusión de que las palabras más empleadas están orientadas a hacer accesibles al gran público asuntos doctrinales de cierta complejidad. Otra variante contemporánea es el grafiti, con el que se cierra el volumen. Alessandro Mininno (*Writing. Quando «scrivere veloce» è una necessità*, pp. 239-250) traza un cuadro general de esta manifestación urbana repasando la evolución que siguió la firma desde los *tags* primigenios a los *throw up* y *whole car*, donde la letra se somete a un tratamiento eminentemente visual. Su condición de escritura transgresora, y por esto mismo criminalizada (con la excepción del más reciente *graffiti art*), justifica la velocidad en la ejecución y la concisión del mensaje, limitado a lo esencial: el nombre del *writer*.

Por mucho que la saturación de emoticonos y otras formas de abreviación de la escritura electrónica nos lleve a creernos geniales inventores, la perspectiva histórica no enseña que la escritura abreviada (y secreta) tiene un largo pasado y un amplio porvenir. En ese horizonte, los ensayos reunidos en este libro conforman una excelente aproximación a ese modo de escribir y abren caminos interpretativos para una cuestión esencial en los estudios sobre la escritura. Ponen de manifiesto el carácter idiosincrático de las abreviaturas, ligadas siempre a la lengua de la escritura, ya que no todas han desarrollado la misma necesidad de comprimir la información. Pero también destacan los

vínculos entre la abreviación y los soportes donde se escribe. Se observa, por ejemplo, al estudiar las abreviaciones en el mundo antiguo, con variaciones según se escribiera en papiro, sobre una tablilla encerada, en pergamino o en piedra. Quiere esto decir que los métodos de abreviación no se pueden considerar como una técnica abstracta, sino desde la relación que establecen con los canales y las formas de comunicación, con los propósitos de esta y siempre, por supuesto, en el marco de las épocas y sociedades que los crean y dan uso.

ANTONIO CASTILLO GÓMEZ – [antonio.castillo@uah.es](mailto:antonio.castillo@uah.es)

*Per Pierangelo Bellettini bibliotecario*, a cura di Francesca Bruni, Antonio Bagnoli, Marco Antonio Bazzocchi, Romano Montroni, Bologna, Pendragon, 2018, pp. 42+241-276, manca ISBN, € 10 (edizione di 120 copie numerate).

Come è noto, Pierangelo Bellettini, uno dei migliori e più affezionati allievi di Luigi Balsamo, ha svolto il suo *cursus honorum* all'interno del Comune di Bologna, svolgendo diversi incarichi culminati nella direzione prima della Biblioteca dell'Archiginnasio e poi dell'Istituzione Biblioteche del Comune (lo ricorda il Sindaco di Bologna Virginio Merola nella breve introduzione). In occasione del suo collocamento a riposo, amici e colleghi hanno voluto dedicargli un agile volumetto in cui compare, a introduzione della riproduzione anastatica del suo prezioso saggio *Il torchio e i caratteri: l'attrezzatura tipografica a Bologna in età moderna*, comparso a suo tempo negli studi in onore di Balsamo (Firenze, Olschki, 1997), una serie di testimonianze. Tra le molte piene di segni di amicizia e ricordi piacevoli, segnalo qui quelle che mi paiono più utili a fissare il ruolo e il contributo storico di Bellettini: Francesca Bruni, che informa sull'enorme sforzo per ampliare la documentazione dell'Archiginnasio catalogata e fruibile; Rosaria Campioni, che lo ritrae alle prese con mostre e iniziative culturali; Carlo Ginzburg, che ne tratteggia la figura di studioso e, infine, Angelo Mazza, che lo vede alle prese con il restauro del palazzo dell'Archiginnasio. Nonostante Bellettini sia stato e sia uno studioso di valore (come documenta con eleganza Ginzburg) – e prova ne sono non solo i lunghi anni in cui svolse con abnegazione e rigore la funzione di redattore di questa rivista, ma il fatto stesso che ancora oggi (spesso consigliere fidato e discreto) sieda nel suo comitato scientifico – bene hanno fatto i curatori ad appellarlo sin dal titolo "bibliotecario", non solo per rispettare il suo abituale *understatement*, ma per sottolineare il ruolo che si è scelto nella repubblica delle lettere, rendendo altamente onore a tale professione. Chiudo queste brevi righe con l'animo grato di chi ricorda bene le cure e l'attenzione che Pierangelo dedicò sempre al professor Balsamo, anche negli ultimi anni e nel progressivo declino, perché credo fermamente che (nonostante ciò che diceva Francesco De Gregori) sia proprio «da questi particolari che si giudica un giocatore».

EDOARDO BARBIERI – [edoardo.barbieri@unicatt.it](mailto:edoardo.barbieri@unicatt.it)